



nes acerca de los cosmestibles, los carruajes y la impieza. Habiendo hallado exhausto el Tesoro, para reanimarlo recurrió á medidas extraordinarias: el clero volvió á ser intimidado ú obligado á contribuir como las demas clases; en 1629 impuso á cada libra de tabaco que no procediese de las islas francesas treinta sueldos de derechos. Favoreció los establecimientos de la Martinica, Guadalupe, la Tortuga y el Canadá, y dió impulso á las compañías, no conociendo que la prosperidad nace de la libertad; reanimó el crédito publico, sujetando la contabilidad á reglas invariables, y cortó las dilapidaciones tan de raíz, que en el sitio de la Rochela se gastaron dos terceras partes menos que en el de Montalban, siendo el ejército mucho más numeroso.

Una vez libre de los obstáculos que nacieron de las guerras, de las disensiones domésticas, de las pasiones de las reinas, y del espíritu revolucionario de la nobleza, Richelieu no perfeccionó, pero intentó perfeccionar la administración: introdujo una actividad hasta entónces desconocida; acaso equivocó los medios, pero siempre tendió el engrandecimiento de Francia por medio de la economía y el método en las distribuciones.

Nunca se habia mostrado el poder más fuerte para concentrar en sí todas las fuerzas sociales y sobreponerse á toda resistencia, al Austria, á la familia real y á los nobles, valiéndose como medios de la guerra, de la marina y de la literatura. De este modo allanaba Richelieu el camino á la monarquía absoluta de Luis XIV, pero al mismo tiempo se hacia precursor de la revolucion; porque, sustituyendo la nobleza cortesana á la intrépida nobleza de provincia, arrojaba el germen de lejanas subversiones; imponiendo la obediencia, excitada á la rebelion y destruía la idea del deber; allanando cuantos obstáculos podia hallar la voluntad de los reyes, destruía los que pudieran servir de estorbo á sus arbitrariedades, que debian provocar la reaccion; hizo omnipotentes á los ministros, pero reservando su nombramiento y su expulsion á los caprichos del rey, que no tuvo desde aquel momento ni quien le defendiera de sus propios excesos, ni parti-

cipacion en el amor ni en los intereses de sus súbditos. En una palabra, Richelieu elevó la monarquía á gran altura, pero no tuvo presente que alrededor de ella, se agitaba el pensamiento y la filosofía, armas no ménos poderosas é indomables.

Richelieu, que esclavizaba á Luis XIII, era á su vez esclavizado por el capuchino José, de la ilustre familia de los Tremblay. Conociendo su actividad y rápida concepcion, se unió á él y le llamaba su brazo derecho, así como los demas le llamaban la *eminencia gris*. Las negociaciones más difíciles en Italia, Suiza y Alemania fueron confiadas á él; Richelieu decia: *Nadie puede hacer la barba á mi capuchino, por muy larga que la lleve*. Amante de su patria y profundo político, meditaba el buen fraile una cruzada para redimir á Grecia: gigantescos pensamientos ofreció al rey y al ministro, cuyo ánimo sostenia en sus horas de desaliento, pues la religion, que de todo hace un deber, una mision, evita que se sucumba al peso de una desventura ó de la ingratitude. Cuando próximo á devolver su alma á Dios, el cardenal le dijo: *Valor padre, Brisac es nuestro*, un rayo de alegría brilló en sus ojos: despues, como se extinguió para siempre, Richelieu exclamó: *Pierdo mi consuelo mi único apoyo, mi confidente, mi amigo*.

Y en efecto, le necesitaba para sostenerse en medio de las conspiraciones que á su alrededor se tramaban, cuyo jefe era siempre el duque de Orleans, que hasta mandó asesinarles. Cuando en la guerra de los Treinta años, con objeto de humillar á Austria favoreció en Alemania á los protestantes á quienes abatía en Francia, de cuyas resultas los españoles invadieron la Picardía, la Borgoña y la Guiena, Paris tembló, tembló Richelieu, y atemorizado ante la indignacion pública, estuvo á punto de retirarse del ministerio; pero fray José fortaleció su ánimo, y le indujo á montar á caballo y recorrer á Paris sin guardia de ninguna especie, como si nada temiese. Aquel acto de valor le devolvió el aprecio del pueblo, que echó tras él aplaudiéndole; y cuando, lleno de gozo, cayó en brazos del intrépido capuchino, éste le dijo: «¿No os tengo dicho que sois un pollo



»mojado, y que con un poco de serenidad y «mala cara se arreglaría todo?»

En efecto, triunfó de sus enemigos, y se reconcilió con el duque de Orleans: el rigor reprimió los tumultos que se sucedian unos á otros á causa de los nuevos impuestos; pero en tanto el marqués de Cinq-Mars tramaba una conspiracion más séria. Nombrado por Richelieu caballero mayor del rey para distraerle y alejar de su lado á todo el que pudiera hacerle daño, se cansó de su oficio de espía, y creyéndose con el suficiente dominio sobre el rey, pensó explotarle en favor suyo: comenzó por reconciliarle con algunos enemigos, con los que se puso de acuerdo para derribar á Richelieu y resucitar el feudalismo. El poco reflexivo Gaston de Orleans, defraudado en sus esperanzas por el nacimiento del Delfin, á quien llamaba bastardo, formó causa comun con ellos: el conde-duque de Olivares, ministro de Felipe IV, se comprometió á ayudarles. Richelieu se hallaba enfermo, pero descubrió, gracias á los espías, que siempre le rodeaban, el compromiso de España con Cinq-Mars, que fué decapitado en union del hijo del Historiador de Thou; el terror obligó á confesar al abyecto Orleans, y el perdon acabó de envilecerle cobrando nueva fuerza el poder de Richelieu, cuyo amor patrio era realizado por aquellas tramas con los extranjeros.

En la política exterior seguía los designios de Enrique IV, que tendian á establecer un equilibrio político, que sustituyese á la unidad rota por la Reforma. Con objeto de arrebatar á Austria la supremacia que hubiera podido privar á Francia de la iniciativa intelectual, poniéndose como conciliador entre Alemania y Roma, hizo la guerra á España; intervino en la guerra de los Treinta años, y preparó una paz que devolvía á Francia la importancia de que la habian privado las discordias intestinas.

Fué el primer hombre de su siglo, si se tiene presente, no su moralidad, sino su intencion, y el verdadero modelo de un ministro, si para serlo se requieren juicio exquisito, talento suspicaz, genio capaz de idear grandes cosas, y perseverancia imperturbable para llevarlas á

cabo, nada de buen corazon, de virtud y de miramientos á la moral ni á la opinion. Desde el lecho de muerte escribió al rey: «Señor, vuestras armas están en Perpiñan, y vuestros enemigos han sido muertos.» Preguntado por su confesor si perdonaba á sus enemigos, contestó: «No he tenido más enemigos que los del Estado.» María de Médicis murió pocos días ántes que él. En su *testamento* se lee: «He prometido al rey emplear todo mi ingenio y la «autoridad de que ha tenido á bien investirme, «en abatir á los hugonotes, destruir el orgullo «de los nobles, reducir á todos sus súbditos al «cumplimiento de sus deberes y elevar su nombre entre los extranjeros á la altura que le «conviene.» Hasta tal punto supo lo que hizo, y eso que lo hizo venciendo obstáculos, intrigas y contrariedades. Todos cuantos humilló fueron sus acérrimos enemigos, además de los protestantes: de modo que se creyeron venganzas personales todo lo que era estrictamente legal é indispensable para reprimir á los nobles sublevados y á los hugonotes contumaces.

¿Quién podrá averiguar la parte verdadera ó falsa de los amores que se le atribuyen y que fueron tema de tantas anécdotas? Se propuso agradar á la reina Ana de Austria amalgamando la política y la galantería, y habiendo sido desdeñado, consiguió tenerla siempre separada del rey. Dividió entre todos sus inmensas riquezas; legó al rey el palacio cardenalicio, que despues, bajo el nombre de palacio real, fué el centro de la corrupcion, el lujo y las intrigas. Escribia con facilidad, suministraba argumentos á los poetas cómicos para sus obras, y se tiene por suya la historia de Mezeray y la tragicomedia de *Mirame*, «representada ante el rey y la reina con máquinas que hacian aparecer el sol y la luna, y figuraban el mar á lo lejos cubierto de naves.» (MAROLLES.) Dejó tambien escritas algunas obras de teología, las *Memorias* y el *Testamento político*; manual de engaños de gabinete.

Protegió las letras, ó mejor dicho, á los escritores, que ensalzaron sus glorias prometiéndole la inmortalidad, con lo que él gozaba; pues muchos hombres hay que, una vez en la decrepitud, necesitan el perfume de la gloria





para vivir. Bajo la presidencia de Valentin Conrart, calvinista que no tenía de sabio más que las pretensiones, reuníanse algunos para discutir sobre política y literatura. El receloso Richelieu pensó que podría poner aquellas polémicas bajo la protección, es decir, bajo la dependencia del gobierno, y aunque adivinando su intento, á ninguno agradó la proposición, ninguno se atrevió á desairarla. Y se fundó la Academia, y como todo lo demás, quedaron reducidas las letras á la disciplina monárquica. Se componía de cuarenta miembros, y para embarazarles más, dió cabida en ella á las grandes dignidades. La lengua fué su principal ocupación, y publicó el mejor diccionario que se conocía, y más de una vez aduló las pasiones del ministro, cuyos principios despóticos fueron apoyados por varios escritores. Ocupábase entonces Gabriel Naudé en escribir sus *Golpes de Estado*, en que santifica á lo Maquiavelo las iniquidades útiles, y dice que el fin justifica los medios: no dejó de tener esta moral algunos ingeniosos defensores; Balzac, en su libro *El príncipe*, defiende que el rey puede todo lo que quiere, y por tanto arrestar sólo por leves sospechas, en abierta contradicción con lo que los jesuitas sustentaban desde el púlpito.

También hubiera querido Richelieu someter la Iglesia á la monarquía, y se valió de opúsculos y manejos para deprimir la supremacía papal, hacerse nombrar legado en Francia, é incluir entre las atribuciones del gobierno la de nombrar prebendados y demás cargos eclesiásticos: y como más adelante diremos, no consistió en él que Francia no llegase á ser cismática.

Lo que hemos dicho de Richelieu nos dis-

pensa de hablar de Luis XIII, que murió poco después á los cuarenta y dos años de edad. Oscuro, melancólico, ni gustaba de los placeres de la grandeza, ni de las dulzuras de la vida privada: abandonaba sin pensar á sus amigos y á sus amadas: necesitaba ser dominado, y sin embargo, no se resignaba á la dominación. A pesar de las cábalas que contra Richelieu se urdían, y de la profunda antipatía que le inspiraba á él mismo, no pudo prescindir de él: nada hacía sin su consejo; el ministerio, para hacer grande á Francia en medio de tantos enemigos, cubría la nulidad del rey. En una corte tan depravada, la religión moderó en Luis la inclinación que hacía el bello sexo sentía; y puede decirse que sus amores eran de alma á alma; pues necesitaba tener una favorita que cuidase especialmente de su persona, así como un ministro que despachase los negocios por él. Por esta razón fué tan corto el reinado de la indiscreta Hautefort, como duradero el de la virtuosa y amable La Fayette. No amó á Ana de Austria; de modo que no se esperaba sucesión; pero cuando se advirtieron los primeros síntomas de embarazo, se multiplicaron las predicciones y entre otras aseguró un pastor que Santa Ana le había revelado que pariría el sábado 4 de Setiembre (1638). En efecto, aquella noche la reina se sintió acometida de los dolores, pero no parió hasta el 6, rodeada de reliquias y teniendo ceñido al cuerpo el cinturón de la Virgen. De este modo nació Luis XIV, único y enfermizo retoño de los Borbones, pero destinado á completar aquel edificio, cuya situación había sido indicada por Enrique IV, y cuyo terreno había sido tan implacablemente nivelado por Richelieu.

## CAPÍTULO V

### Regencia.—Mazarino.—La Fronda.

Luis XIII había creado un consejo de regencia, presidido por el príncipe de Condé; pero Ana de Austria, que entonces pareció recordar que era joven, bella y amable, para conseguir el poder que ambicionaba, hizo concebir distintas esperanzas á Condé y al duque de Prleans: manifestó deseos de tener por consejero en todo al Parlamento que Richelieu había echado por tierra, el cual al recuperar su autoridad hizo pedazos el testamento del difunto, y se erigió en tutor del rey, confiando la regencia á la viuda. Abiertas las dos hojas de la puerta de palacio, apareció Ana con el pequeño Luis de la mano, rodeada de nobles, que rodilla en tierra, le ofrecían homenaje.

Julio Mazarino, natural de Roma y de origen siciliano, discípulo de los jesuitas, capitán de las tropas del papa en el sitio de Valtellina, que lo mismo que esgrimía la espada en un duelo, manejaba un fusil en una batalla, no tardó en revelar su principal cualidad, el genio diplomático que le distinguía, y á los treinta años entendía ya en los intereses de los príncipes. Buscó su apoyo Richelieu para orillar los negocios de Francia en Italia, donde concluyó el tratado de Cherasco, adquiriendo á Pinerolo. De la carrera militar pasó á la eclesiástica, única con la que en Roma puede aspirarse á brillar, y fué nombrado vicedelegado en Aviñon, y poco después cardenal por recomendación del rey, que hizo que administrase el sacramento del bautismo al Delfín, inclu-

yéndole en el número de los que habían de componer el consejo de regencia, Ana, que lo miraba de reojo como hechura de Richelieu, llegó un momento en que le creyó necesario á su corazón y á su política, desconfiando de los nobles franceses que creía inclinados á recuperar la perdida autoridad. Hábil, disimulado, unia á una gran sagacidad, un gran conocimiento de las personas y de las cosas y cedia ante los hombres y ante las circunstancias, pero para emprender su obra en mejor ocasión: el desaliento le era desconocido; creía que los hombres podían labrar su fortuna con el talento y dominarla con el carácter; por esto, antes de confiar una empresa á cualquiera, preguntaba: «¿Esafortunado?» Tenía por divisa: «El tiempo es mío:» posponía á sus cálculos sus afectos ó antipatías; nada significaban para él las injurias, con tal que triunfase, y repetía: «Déjemosles decir, con tal que nos dejen hacer.»

Educado en la escuela de Richelieu, continuó la obra de abatir todo cuanto pudiera contrariar á la monarquía; pero su calidad de extranjero le obligó á sustituir al rigor el ardid y el artificio. A la muerte de Richelieu, tornaron á la corte los desterrados, sin otro mérito ni lazo que los uniera á ella más que la persecución; y enorgullecidos por las astutas caricias de la reina, se creyeron destinados á regenerar la sociedad, siendo así que sólo eran instrumento de la sagacidad y ludibrio de la sabiduría del privado, que los llamaba la «Cába-